

Padre Juan Lehmann V.D.

Los trabajadores de la Viña

Como operario del Padre celestial, cada uno de nosotros tiene su tarea que cumplir en este mundo.

1. Aplicación y explicación de la parábola.

— A algunos, más dichosos, llama el Señor desde los tiernos años de la infancia libre de cuidados, en la mañana de la vida. Otros oyen el divino llamamiento algo más tarde, en la flor de sus años. Hay, en fin, quienes sólo en la madurez, o ya en plena ancianidad, escuchan la voz de Dios. Feliz quien la atiende con presteza y, como los trabajadores de la viña de quienes nos habla el Evangelio, se dispone en seguida a trabajar con ardor y perseverancia. Al caer de la tarde, cuando la vida se desvanece, paga el Señor a los suyos, empezando por los últimos. Todos reciben el mismo salario, contratado de antemano es a saber: el reino de los cielos, todo paz y bienaventuranza. El Señor, en su infinita misericordia, paga, mirando no tanto a la duración como a la perfección del trabajo cumplido, y la perfección consiste en la intensidad del esfuerzo y en el amor en que se inspira. En un solo día de fervoroso amor divino conquista el alma lauros más fecundos que en muchos años de negligencia y de tibieza. Por eso los obreros de última hora recibirán en el día de las cuentas igual salario que los de la primera. A veces, murmuran éstos, llenos de desmedida envidia, contra el Padre celestial, acusándole de injusticia.

2. Espíritu de caridad y de celo.

— Almas cristianas, trabajadores de primera hora, que laboráis norte y día, ora entre penosas pruebas de inquietud y tentación, ora entre esplendores de fe y de caridad, dad gracias al Señor que tan temprano os llamó al lino seguro de la verdad, donde todo se transforma en bien para las almas que aman a Dios. El yugo del Maestro es suave y su carga es ligera, y el amor atenúa y diviniza los más ásperos escollos y las penas más dolorosas, en medio de las cuales el alma va purificando y desprendiendo de la tierra. Mas acordaos del mandamiento supremo del Maestro: Hijitos, un nuevo mandamiento os doy: que os améis los unos a los otros, como yo mismo os he amado". Entonces conoceréis la verdadera libertad de los hijos de Dios: libres de bajas pasiones, vuestras almas se elevarán como águilas a las alturas la perfección cristiana. La envidia y los celos, gusanos roedores de toda felicidad temporal y eterno vendrán más a perturbar la paz de vuestra conciencia. Felices y tranquilos bendeciréis al Señor por tantos bienes como derrama su misericordia sobre el hijo pródigo que vuelve a llamar a la casa Eterna, sobre la oveja perdida que de nuevo vuelve al rebaño, sobre el pobre pecador que se convierte después de largos años pasados en el vicio y la impiedad. Porque el Buen Pastor llama con frecuencia, por medio de su divina vocación, a las mismas ovejas extraviadas hasta las más elevadas

cimas de la virtud y de la perfección.

La Ociosidad

¿Por qué estáis todo el día ociosos? Así interroga el Padre de familias a los hombres que, sin ocuparse en nada, pierden el tiempo inútilmente. Esta pregunta apenas disimula la reprensión, pues vivir en la ociosidad no es cosa que pueda servir a nadie de recomendación. La ociosidad, sin embargo, es el vicio regalado y predilecto de la mayoría. Hablemos, pues, acerca de la ociosidad.

1. La ociosidad es vicio . — Es una infracción de la ley general que obliga a todos al trabajo.

a) Deber del trabajo material . Dios puso al hombre en el paraíso, no para que viviera ocioso, sino "para que lo trabajara y lo custodiara". (Gen., II, 15). Esta ley se agravó después del pecado, porque entonces la orden de Dios fue ésta: "Comerás el pan con el sudor de tu rostro". (Gen., III, 19). La naturaleza dotó a los animales de armas defensivas y de vestido apropiado con que cubrirse, porque su único trabajo debía consistir en buscarse el alimento. Mas el hombre ha de trabajar, no sólo para ganarse el pan, sino también para defenderse y vestirse. "La naturaleza, en lugar de las armas defensivas y del vestido con que cubrirse que concedió a los animales, dotó al hombre de manos por medio de las cuales pudiera proveerse de todas esas cosas". (Santo Tomás de Aquino). La ociosidad, por tanto, es un vicio que coloca al hombre en situación de poder ser juzgado por los mismos irracionales, ya que éstos, con menos necesidad, trabajan incesante y sabiamente. "Mira a la hormiga, perezoso, mira como trabaja afanosamente y aprende de ella sabiduría". (Prov., VI, 6).

b) Deber del trabajo espiritual . El trabajo del hombre no ha de reducirse a la esfera de lo natural. Hay una vida sobrenatural hacia la que debe dirigir todos los actos y esfuerzos de su vida natural. Es lo que el Apóstol nos recomienda cuando dice: "Ora comáis, ora bebáis, o hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo por gloria de Dios"; (I Cor., X, 31); todo, fuera de la ociosidad y del pecado. La ociosidad es ya pecado, porque "de toda palabra ociosa que hablaren los hombres darán cuenta en el día del juicio". (Mat., XII, 36). No sólo es pecado incurrir en obras pecaminosas, sino también omitir aquellas obras buenas que podemos y debemos hacer. "Aquel que conoce el bien que debe hacer y no lo hace, por lo mismo peca". (Jac., IV, 17).

c) Doctrina de Jesucristo. El Señor ha dado a cada uno un talento con el que debe negociar, puesta la vista en la vida eterna, ya por medio de la contemplación de las cosas celestiales, ya entregándose al trabajo santificado por la oración. ¡Ay de aquél que esconde el talento bajo la tierra de una vida ociosa! Tendrá que oír de labios de su Juez aquellas tremendas palabras: "Siervo inicuo, por tu boca te juzgo: sabías que yo era un hombre severo, que saco de donde no puse y siego donde no sembré. ¿Por qué entonces no

pusiste mi dinero en el banco, para que cuando yo llegara pudiera cobrarlo con créditos?". (Lc., XIX, 22-23).

d) Responsabilidades particulares. Hay, pues, malicia particular en la ociosidad del padre o de la madre que no cumplen con sus deberes, así como en la ociosidad del hijo que pierde el tiempo destinado al estudio, con mengua de los sacrificios que sus padres se imponen por él. Malicia mayor encierra la ociosidad del rico que, no sabiendo cómo divertirse, insulta con sus derroches la vida dura y trabajosa de los demás, provocando así los rencores y los odios de las muchedumbres y agostando en el alma del pueblo la sencillez evangélica y la resignación cristiana.

2. La ociosidad es madre de todos los vicios. — Es el Espíritu Santo quien lo asegura. "La ociosidad, dice, es maestra de mucha malicia". (Ecl. XXXIII, 29). "De la misma manera que una tierra, en la que nada se sembró, ni se plantó, produce toda suerte de hierbas ruines, así el alma ociosa acaba pronto por incidir en el mal". (San Juan Crisóstomo). La ociosidad originó la caída de David, de Salomón y de Sansón. "Vigilad hermanos, advierte San Agustín, y no relajéis nunca vuestro celo, porque no sois más santos que David, ni más fuertes que Sansón, ni más sabios que Salomón". Y porque el detestable vicio de la impureza, además de muchos otros sacrificios, exige siempre la pérdida de mucho dinero; y porque la ociosidad nada produce y únicamente devora, el ocioso recurre a torpes ganancias y latrocinios y no se avergüenza de extender la mano para arrancar a la pobreza honrada el óbolo de la caridad y emplearlo en saciar las más bestiales pasiones. Aun admitiendo que el ocioso, por verdadero milagro, llegue a mantenerse inmune de cualquier vicio vergonzoso y condenable, a los ojos de los mundanos, la ociosidad es un vicio, no condenado por el mundo, pero detestable a los ojos de Dios, porque necesariamente conduce al hombre a otro vicio del todo reprobable, que es la pereza. Si muchos carecen de valor para hacer por amor de Dios lo que la mayor parte de los hombres hace con la mayor naturalidad, ¿en qué situación vendrá a encontrarse la virtud en estos calamitosos tiempos de incredulidad y de respeto humano, que exigen valor casi heroico para practicar un acto de virtud cristiana? ¿Cómo podrá el perezoso resolverse a practicar la oración, a frecuentar los sacramentos, a oír la divina palabra y a observar escrupulosamente los mandamientos de la ley de Dios y de la Iglesia?

Hay dos medios de servir a Dios: imitar a Marta por medio de la vida activa, no sin precavernos del peligro de olvidar lo que es absolutamente necesario; o bien imitar a María por medio de la vida contemplativa, que es la parte mejor, y propia, por lo mismo, de almas selectas. En la ociosidad no se puede servir a Dios, porque "el reino de los cielos sufre violencia, y los violentos lo conquistan" (Mat, XI, 12).

(Tomado de "Salió el Sembrador..." Tomo I, Ed. Guadalupe, Buenos Aires, 1946, Pág. 522 y ss.)